

# Que los niños jueguen, no es algo trivial

por Desirée López de Maturana Luna\*

Educar es una tarea evidentemente compleja, toda vez que implica entrar en un terreno incierto, desde donde debemos formar a nuestros niños y niñas para desenvolverse en un mundo que ni siquiera imaginamos, más aún, si debemos considerar como una herramienta fundamental para la adaptación y el aprendizaje, los sentimientos y las emociones de todos los actores involucrados; esto, siempre que conengamos que la educación no se agota en la estructura de un sistema, ni en los contenidos, ni en los instrumentos que éste genera para su consolidación.

Hoy la reforma educacional desde el nivel parvulario, nos convoca a avanzar en la calidad educativa situándonos en este paradigma, que requiere de la convicción profunda de quienes educamos, de lo fundamental que resulta ser para nuestra tarea, generar espacios y tiempos que propicien y promuevan la iniciativa personal, la curiosidad y la perseverancia, para favorecer los procesos creativos que comprometen integralmente a la persona que aprende, incentivando su capacidad para resolver problemas.

Desde hace unas décadas, en nuestro país, la tarea de los educadores se ha puesto en entredicho y con ello también el sistema en su conjunto, porque aun teniendo más y mejores recursos para mejorar los aprendizajes de los niños, niñas, estudiantes, los resultados no son los esperados, y si le agregamos a esto, que la propensión a aprender es consustancial a la naturaleza humana, se vuelve una real paradoja. Es razonable pensar, que esto no es raro si vamos y nadamos porfiadamente contra la corriente, queriendo controlar la gestión y los comportamientos humanos por medio de fórmulas matemáticas, estableciendo predicciones y relaciones de causa-efecto e incrementando las normas, cada vez con mayor rigurosidad, cuando vemos que el sistema está en peligro.

Por tal razón, la educación parvularia se ve amenazada cuando se busca asimilarla con una excesiva formalización, que entroniza el objetivismo científico, estableciendo certezas y verdades medibles y predecibles, pero no por eso reales. Esta obsesión por los resultados cuantificables que se ha apoderado de los procesos educativos, violenta y restringe, inevitablemente, la enorme riqueza de los dominios humanos y culturales, para transformarlos en fenómenos de carácter unívoco, de resultados convergentes y predeterminados, convenientes solo para fines selectivos y excluyentes, nada más alejado de los principios pedagógicos fundantes de una verdadera educación.

Afortunadamente, las investigaciones que han surgido del ámbito de las neurociencias, han venido a fundamentar y replantear, lo que por más de un siglo los precursores de la educación parvularia como Froebel, Montessori, Piaget, Maluguzzi, entre otros, han sostenido. A través de estas investigaciones, se ha estudiado el concepto de plasticidad cerebral, revelando la capacidad que este órgano posee para cambiar a cualquier edad y cada día, pero que sin duda, se



Ilustración de Joanna Mora, del libro "Apego Espacial: La lugaridad en el aprendizaje" de Myriam Pilowsky, Ediciones de la JUNJI

aprecia con mayor facilidad en los bebés y en los niños. Por ello, todos los seres humanos deberían estar en condiciones, en particular gracias a la educación recibida desde los primeros años de vida, de desarrollar su pensamiento autónomo y crítico, para determinar por sí mismos qué deben hacer en las diferentes circunstancias de la vida.

Nos hemos puesto un gran desafío como Gobierno, al plantear una Reforma Educacional para Chile, cuyo viraje paradigmático se traduce en el diseño de una nueva educación pública, que más allá de considerar cambios en la estructura orgánica del sistema, incorpora de manera bien explícita estos aspectos de la naturaleza humana, menos visibles y menos medibles, pero que dan cabida al auténtico sentido de ser persona.

Cuando hablamos de rescatar el juego en la educación parvularia, nos referimos a este cambio de paradigma, es decir, a rescatar un aspecto inherente al ser humano, ya que es a través de estas experiencias lúdicas, que se despliegan tiempos y espacios propicios para explorar, agudizar los sentidos, conocer y aprender activamente del entorno, sin ningún tipo de supuestos; así los párvulos van generando sus aprendizajes por el devenir de una historia propia y personal.

Que los niños y las niñas jueguen, no es algo trivial. Cuando observamos los juegos creados por ellos, estamos frente a la manifestación más genuina de su propia epistemología. Juegan con estímulos que el medio les ofrece y responden activando funciones mentales superiores, como la abstracción, la representación, las anticipaciones, las combinaciones,

las operatorias, etc. Fluyen en su mundo lúdico, viviendo y disfrutando de las experiencias. De hecho, sin una pauta preescrita, vemos que van descubriendo su entorno y están en un permanente estado de asombro, van construyendo metáforas por medio del juego simbólico y el ensayo-error forma parte de su propio aprendizaje, es decir, el juego trasciende lo puramente biológico y psicológico, encuentra su sentido más profundo en la cultura de nuestros párvulos y en su función social.

La teoría de la mediación pedagógica, nos orienta a no olvidar que estos conocimientos, se generan por una acción propia, intransferible e insustituible; porque los párvulos al ingresar a un jardín infantil, traen consigo una serie de experiencias y una epistemología propia, que les servirá como instrumento para seleccionar, organizar y establecer relaciones con los estímulos que reciba en los nuevos ambientes. Entonces, la interpelación sobre nuestro hacer educativo y pedagógico está a la vista; ¿cuánto diálogo permitimos entre los niveles de formalidad e informalidad educativa? o entre ¿la institucionalidad y cotidianeidad de nuestros niños y niñas?, porque al parecer las "instrucciones" externas no necesariamente estarán resonando significativamente en los sus procesos cognitivos internos. Lo complejo de la situación, es cómo generar conocimiento dentro de nuestros establecimientos educacionales, sin caer en el error de tomar en cuenta los aprendizajes cotidianos de nuestros niños y niñas, solo para atribuirles significados arbitrarios con el propósito de convertirlo en una he-

rramienta de anclaje del nuevo conocimiento que nosotros queremos generar, para terminar subsumiéndolos hasta hacerlos desaparecer.

Creo que dar un salto en estos aspectos, alienta para avanzar hacia una educación socialmente equitativa e inclusiva, aunque para ello debemos poner como un imperativo ético que las y los educadores debemos desarrollar la coherencia con la naturaleza humana y si no es con esta, entre el discurso y la acción, porque no podemos olvidar que nuestras Bases Curriculares de la Educación Parvularia (BCEP) ya nos dice, que *"El mayor desafío del sistema educacional es dotar al conjunto de la niñez y juventud del país de unas competencias o destrezas que los habiliten efectivamente para el mundo del futuro [...] que desarrolle las aptitudes y destrezas de la población para pensar de modo creativo, tomar decisiones, solucionar problemas [...] que capacite a los niños y jóvenes para seguir aprendiendo durante toda la vida"*.

Finalmente y a la luz de lo ya dicho, si reconocemos al juego como un recurso metodológico que proporciona una alternativa didáctica por excelencia, estaremos definiendo la calidad educativa en relación a la diversidad, la subjetividad, las múltiples perspectivas epistemológicas de los actores y de los contextos espaciales y temporales en que estas se presentan; a la flexibilidad pedagógica y la necesidad de otorgar permanentemente a los párvulos mejores posibilidades de aprendizaje. ■

\*Vicepresidenta Ejecutiva de la Junta Nacional de Jardines Infantiles.